UNA NOCHE BLANCA

1

ENTRADA

Una noche de invierno del año 19__, tras un arduo periplo a través de dos continentes y casi los mismos siglos, y perseguido por un clima severo que amenaza con empeorar, un avejentado profesor emérito de una universidad americana, abrumado por la enfermedad, el jet lag, grandes dudas y un exceso de equipaje, se apea junto con sus tribulaciones en un andén ferroviario de la que muchos sostienen es la ciudad más mágica del mundo, experimentando no tanto esa llamarada de terror que se dice sufren los iniciados cuando la luz de una imagen de belleza eterna cae sobre sus ojos, como más bien ese escalofrío que recorre a los viajeros solitarios cuando se encuentran en el lugar y momento equivocados.

—Ah —gruñe, con la mirada fija en el lóbrego y largo andén, pálidamente iluminado por tubos fluorescentes y estridentes anuncios de hoteles y ahora vacío salvo por un puñado de esquiadores de regreso que desaparecen tras las puertas de cristal del extremo contrario, si en efecto son puertas de cristal y no meramente un remolino de bruma (en su deterioro, este profesor comparte el martirio de la pobre Santa Lucía, cuyo nombre lleva esta *stazione* ferozmente funcional)—, ¡en qué estaría yo pensando!

Ha llegado, como la mayoría de los italianos, a través de lo que los extranjeros, quienes siempre prefieren acercarse por mar a este el más extraordinario de los lugares, consideran la puerta trasera de la ciudad, si bien, aun siendo él mismo de cuna italiana, no por elección o costumbre sino por el simple dictado de las condiciones climatológicas: el aeropuerto estaba cubierto de

niebla, ha tenido que aterrizar en Milán, donde ya empezaba a nevar, y continuar en tren desde allí; y rápidamente, no fuera a quedarse atrapado, acelerar hacia el este, por delante de la tormenta en ciernes, como si lo persiguiera el hombre del saco. El profesor, mientras luchaba a la desesperada a través de la congestión de Milán con su imposible equipaje, se había consolado con la observación, lamentablemente expresada en voz alta, un embarazoso hábito que va empeorando con la edad, de que al menos tal prolongación del viaje le proporcionaría más tiempo para ajustarse a este regreso precipitado a su tierra nativa tras tantos años en el extranjero y prepararía su mente para la entrada a lo que no sólo era, en sí misma, una obra de arte universalmente reconocida, sino también el marco para lo que confía sea la culminación (igual que en el pasado fue el trampolín) de su vida considerada en esos mismos términos: una obra de arte.

Pues fue aquí, un día de hace casi un siglo, en esta isla por entonces conocida popularmente como la «Isla de las Abejas Industriosas», donde, postrado de hinojos en abyecta rendición, abrazó las rodillas de la Virtud, poniendo así en marcha, salvo por uno o dos lapsos poco memorables (es decir, a él le *gustaría* poder olvidarlos: su breve y abortada carrera en el mundo del espectáculo, por ejemplo, una desventura cuyo recuerdo continúa siendo demasiado doloroso, aun cuando, como en sus últimos escritos, mediante un supremo esfuerzo de introspección, lo ha trascendido, o eso pretendía), una vida purificada de banalidad y fantasía y otros cánceres del espíritu, una vida merecedora, eso espera (y cree de corazón), de aquellas rodillas que una vez abrazó con tanta pasión, humedeciéndolas con lágrimas de gratitud, mientras su infame nariz ardía con la fiebre de lo que únicamente podía denominarse gracia redentora.

Es esta vida, la de ella tanto como la de él, la que ahora intenta celebrar o al menos iluminar en su nueva y quizá (pues no se hace muchas ilusiones) última obra, un vasto tapiz autobiográfico entretejido con las ricas y variadas hebras de su singular destino bajo el tema único del amor virtuoso y la noble y solita-

ria labor que le otorga sustancia ejemplar: *Existenz*, como un gran filósofo la ha denominado. Ya se han publicado monografías extraídas de su obra, para general y por ahora familiar aplauso, pero la conclusión del libro, como la misma rectitud en una época anterior más infeliz, continúa evitándole. Y por ello, siguiendo los pasos de su gran ejemplo y precursor San Petrarca, se ha visto atraído de vuelta a esta ciudad, un tanto impetuosamente, la verdad sea dicha, aunque también inexplicablemente, embargado por la repentina y vívida convicción de que sólo regresando aquí —a sus, digamos, raíces— encontraría (sin lugar a dudas dentro de sí mismo, relegado el lugar a mero catalizador) esa metáfora sintetizadora capaz de encapsular adecuadamente el todo unificado de su vida y, de ese modo, su capítulo de cierre. Eso, además de quizá una cierta agitación del espíritu, provocada por los alarmantes síntomas de su progresiva enfermedad, a saber: si no ahora, ¿cuándo?

Es esta obra magna, en todas sus manifestaciones físicas (en el disco duro de su ordenador portátil, en dos conjuntos de copias de seguridad en diskettes, y en un voluminoso borrador en papel, impreso y editado y reeditado —no en vano es un perfeccionista— para semejar un manuscrito medieval), la causa principal de su presente angustia. Sólo es capaz de transportarla unos treinta centímetros cada vez, moviendo una parte unos pocos pasos al frente, regresando a por el resto en sucesivos viajes, recorriendo el andén azotado por el viento hacia la estación propiamente dicha como un cangrejo, y además con el humor de uno, fatigado y con la mente atormentada y todavía algo embotado por la cabezada inquieta a bordo del tren recalentado (en realidad, la prolongación del viaje reportó escasos beneficios). ¿Dónde están los maleteros? Quizá sea demasiado tarde. No tiene ni idea de qué hora es. Está oscuro, pero lleva así todo el día. Sea cual sea el día: ni siquiera está seguro de eso, tan mortíferamente interminable se le ha hecho este viaje poco meditado. En sus desplazamientos, está acostumbrado a ser recogido en todas partes por profesorado más joven, a ser atendido, tratado con la

deferencia debidas a su edad y distinción académica (hasta encontrarse en el tramo Nueva York-París no se le ocurrió, por ejemplo, que no había reservado una habitación de hotel, cosa que casi ha olvidado cómo hacer sin ayuda), y ahora, aunque su deseo expreso ha sido proteger su soledad y anonimato en esta ocasión, una ocasión que considera con una reverencia sentimental, un viaje a su fuero interno más íntimo, como decían en el estudio de Hollywood, no obstante se siente de algún modo traicionado e injustamente rechazado, tanto que cuando por fin aparece un maletero, justo mientras él forcejea con sus maletas y cajas a las puertas de la estación, el profesor, cuyos ojos comienzan a desbordar lágrimas, le espeta:

—¿Dónde ha estado? ¡Ya no le necesito, idiota! ¡Lárguese!

—Como desee, señor —contesta el maletero con una reverencia obsequiosa (lleva la máscara carnavalesca de la nariz ganchuda y las gafas del Doctor Peste bajo la gorra azul de «PORTABAGAGLI», una muestra de simbolismo gratuito que al profesor, preso de su extraña dolencia y con los bultos atascados sin remedio en las intratables puertas de la estación, en este momento le sobra) y se da la vuelta, alejándose con aspecto cansado y lúgubre, empujando el carrito vacío.

El profesor contempla la estación desolada, recordando una monografía que escribió al inicio de su carrera sobre «La tiranía del perspectivismo» y advirtiendo con el alma en los pies que ni siquiera es capaz de alcanzar, por sus propios medios, las puertas de salida del otro lado, mucho menos algo tan lejano como algún hotel donde no tiene reserva.

—¡Espere! —exclama con una vocecilla cargada de petulancia y autocompasión (por supuesto, el hotel tendrá barca propia, esta ciudad no carece de ventajas, aun para el viajero solitario). El maletero gira la cabeza e inclina el morro blanco socarronamente desde detrás de su joroba—. ¡A la oficina de turismo, por favor! ¡Vamos, hombre, no perdamos toda la noche con esto!

—El paso mide lo que la pierna —murmura el maletero malhumorado, cojeando de vuelta con una deliberación angustiosa

y quizá sarcástica—. Así que no pierda las bisagras, padrone, quien más aprieta el último se presenta, como dicen.

—También dicen que la vida es corta pero la lengua es larga —apostilla el profesor, irritado, mientras observa al maletero lanzar su equipaje de cualquier manera sobre el carrito—. Tenga cuidado, oiga, eso es un ordenador…

—Hay tiempo de sobra para pagar y palmar —insiste el maletero, recogiendo el portátil y dejándolo caer—. ¡Ay! ¡Mala suerte! ¡Ya ve adónde nos han llevado sus prisas! Pero déjelo estar, dottore, no lo convierta en un drama, ¡las cosas hay que tomárselas según vienen, la vida no es un camino de rosas, como dice el antiguo refrán! ¡Venga conmigo!

El profesor, demasiado exasperado para replicar, sigue al maletero mientras éste cojea y arrastra los pies, casi doblado por la mitad con el peso de los años y el equipaje apilado (los años parecen haberse asentado principalmente en sus cuartos traseros), por la vacía estación, la cual reverbera ahora con música pop ambiente y las chirriantes ruedas del carrito del maletero, hacia el letrero de la oficina de turismo del otro extremo. Donde el profesor tiene intención de denunciar a este canalla insolente. ¡El tipo dejó caer el ordenador a propósito! En un mundo civilizado, ciertas indignidades son intolerables, aun si las cometen los enfermos. No está pensando en sí mismo, claro está, un pobre desdichado como cualquier otro, como aquel que dice, sino en esa irreemplazable obra de arte, de cuya literatura y pensamiento social él ha sido mero, digamos, medio y transmisor, y el maletero su custodio temporal; una obra de importancia capital como ya se ha reconocido ampliamente, incluso antes de su publicación, y merecedora de al menos un mínimo de cuidado y respeto. Además, si hace falta presentar una reclamación al seguro, habrá que rellenar un informe; no tiene elección.

Pero la oficina de turismo está cerrada, o cerrando: ¡la mujer que la atiende está echando la llave en este momento!

—¡Deténgase! —exclama el profesor, avanzando a trompicones, preso de los nervios—. ¡Una habitación…!

La funcionaria de turismo, sobresaltada, suelta la llave, la cual cae al suelo con el repiqueteo de una cucharilla de café.

—¿Una habitación…? —farfulla con voz ronca, agitando confundida los largos bucles cobrizos. Seguidamente se agacha y palpa frenéticamente en busca de la llave con una mano enguantada en negro, cegada por la máscara que lleva puesta, torcida al parecer por el movimiento brusco.

—Permítame, signorina —dice el maletero, arrodillándose y metiendo el largo hocico bajo la falda de ella, sobresaltando al profesor aún más que a la funcionaria agachada, la cual, cuando el maletero grita desde abajo, la voz amortiguada por el pesado dosel que le rodea—, ¡Ajá! ¡La tengo! —, tan sólo repite en un jadeo «¿La *tiene*?», y se incorpora con una sacudida torpe, pisándose el dobladillo al hacerlo (el desgarro es audible y, mientras aferra desesperada el talle con la mano izquierda, el profesor observa que la pobre mujer parece estar privada de la compañera de aquélla) y quizá también al maletero, el cual deja escapar un refunfuño ahogado, algo sobre las sucias partes traseras de asnos ignorantes, y emerge con la nariz de cartón torcida a un lado.

Se suscita entonces un momento incómodo con la funcionaria de turismo pálida y avergonzada (naturalmente, esta es la expresión fija de su máscara, aunque el profesor interpreta el detalle como un ejemplo de la capacidad del arte de reflejar la realidad subyacente) y sosteniéndose la falda con su única mano, no teniendo por consiguiente ninguna con la cual recibir la llave que el maletero, por lo visto incapaz de enderezarse debido a su destacada joroba, le tiende dolorosamente, y en este instante, fugazmente rígido como una fotografía antigua (salvo que los tres tiemblan ligeramente, como horrorizados y conscientes de dicha rigidez), el agotado viajero siente de pronto, como si una ráfaga de viento frío le recorriese la espalda, la terrible vulnerabilidad de su situación actual. Quizá esto sea, con toda su ironía, el fin, piensa, quizá voy a morir aquí, en este vestíbulo deplorablemente vulgar plagado de banalidades, nimbado de partidas insignificantes. Un pensamiento en absoluto ocioso, ni auto-

compasivo, sino mero reconocimiento de sus deterioradas capacidades y abrumadoras debilidades, entre las cuales debe ahora incluir, al no haber otra explicación para la pura locura de este viaje impulsivo, el inicio de una senilidad galopante. ¡Menudo tonto! ¡Qué tonto! Y pronto, quizá hasta, a escasos pasos de lograr su objetivo (en casa, piensa, ¡ojalá estuviera en casa!), un tonto muerto.

—No me *digas*, cara mia —exclama de repente el maletero, empinándose y metiendo la llave, si de una llave se trata, violentamente por el vestido de la funcionaria de turismo—, ¡que la oficina está cerrada!

—¡Ah, sí, así es! —grita la asustada funcionaria, sacudiendo los rizos de los hombros mientras la llave cae por su pecho—. ¡La oficina está cerrada! *¡Cerrada!*

—Y seguramente —insiste el porteador— no hay nada disponible en toda Venecia. ¿Ni una habitación libre? Estamos a mediados de invierno y…

—Es invierno, ya ve, y no hay nada disponible —responde la funcionaria con brusquedad, aún aferrándose las faldas pero recuperando un tanto la compostura. Toma aliento. Se aclara la garganta, vuelve la cabeza a un lado, al otro—. En toda Venecia. Ni una habitación…

—Sí, sí, ya. Sin duda por eso acabas de cerrar, estúpida criatura —dice el maletero con un suspiro, asintiendo tristemente con la cabeza, como si él también acabara de ser presa del temible presentimiento experimentado por el profesor.

—Esto… estaba cerrando ahora mismo —concluye la funcionaria como recalcando el punto final, y para el exhausto peregrino es como si el mundo entero cerrase las puertas a su alrededor. Inmerso en una espesa pesadumbre, se descubre inclinándose hacia su equipaje, como si su vida estuviese ahí contenida y deseara abrazarla una vez más antes de verse separado de ella para siempre—. Porque…

—¡Pero bueno! —exclama el maletero, espabilándose de pronto y ayudando al profesor a incorporarse—. ¡Un po' di cuo-

re, professore, el diablo no es siempre tan feo como lo pintan! Volere è potere, como dicen, querer es poder, pues por fortuna hoy mismo me he enterado de que uno de los grandes palazzi de nuestra ciudad está siendo convertido en un nuevo y espléndido hotel, especialmente indicado para caballeros de cultura como usted.

—¡Sí! ¡Indicado! ¡Cultura! —repite la funcionaria de turismo, y retrocede uno o dos pasos vacilantes como si el maletero le hubiera dado un puntapié.

—Bueno, no es perfecto, naturalmente, todavía está en plena renovación —dice el maletero con un tono alentador en su voz vieja y cavernosa, mirando al anciano turista por encima de la nariz ganchuda—, pero, dadas las circunstancias, parece cuestión de tragarse la sopa o irse a la porra, si sabe a qué me refiero, a menos que esta noche quiera piedras húmedas por almohada. Y, como el propietario es amigo mío, estoy seguro de poder, digamos, tirar de unos pocos hilos, y perdone usted la expresión. Mañana tal vez pueda encontrarse algo mejor, pero esta noche, professore, más vale pájaro en mano.

—Sí… —Sin embargo el viejo académico parece incapaz de moverse. No se trata de duda, ni vacilación, a fin de cuentas, ¿qué elección tiene?, sino de mera derrota ante la energía con que el maletero, a su modo servicial, se ha impuesto sobre él. Se siente vaciado, descordado, como podría haber dicho en una época anterior (se estremece sólo de pensarlo), con los miembros aflojados por la fatiga y la aprensión. Ahora teme que esa metáfora por cuyo hallazgo ha recorrido toda esta distancia no sea de encapsulación sino de supresión, no de recapitulación sino de ironía y ausencia. Ha concebido un círculo, ha recorrido su circunferencia como si representara un oráculo, pero ahora se descubre cayendo impotente por el agujero de en medio. Le he fallado a ella, piensa. ¡Al final le he fallado!

El maletero le coge del codo.

—Muy bien, signore, ¡no se quede ahí con las manos en el cinturón! Démosle camino a las piernas. ¡O algún puente que

otro, como será el caso! ¡Cuenta el refrán que un poco de necesidad hace a la vieja trotar! —Dicen arrivederci a la funcionaria de turismo, la cual, sin motivo aparente, se da la vuelta y, a la carrera, se dirige derecha hacia una pared. Luego, salen juntos, profesor y maletero, a la implacable noche—. ¡Valor, dottore! ¡Son sólo dos pasos! ¡Pronto estará durmiendo como el Papa!